

# EL AMIGO DEL OBRERO

Montevideo, Sábado 9 de Enero de 1920

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay

(PORTE PAGO)

Año XXII—Núm. 2921

38

¡Oratio vivo, prima e Imperio!

## EL AMIGO DEL OBRERO

Publicado en Montevideo y Círculos Católicos de Obreros

APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Redacción y Administración:

MERODES, 947

Teléfono 1.100, Uruguay 2.167 (Central)

MONTIVIDEO

Redactores:

LUIS P. LENGUA

Y MIGUEL F. F.

SECRETARIOS DE REDACCIÓN:

JUAN NATALIO GUAGUOLIO

RECTOR E. LOSA ESTALES

Correspondientes:

En París: Francisco Veillot,

En Viena: Aras d'Arman

SUSCRIPCIÓN

Capital por mes \$ 0.20

Uterio semestre adelantado 1.20

Uterio semestre adelantado 1.20

### AVISOS

¡Póngase precio a la Administración

o avisos en 3 y 4 págs., a una

columna o más columnas, por centime

se cobra.

La Administración no aceptará cual

quier aviso que se le presente, se re

serva el derecho de rechazar los que

sea conveniente.

EL AMIGO DEL OBRERO no admi

te publicaciones de redacción pagadas.

Agentes en todos los pueblos del in

terior.

Se reciben suscripciones en las casa

parroquiales.

Administrador

Angel Martínez Alvarez

Círculos Católicos de Obreros existentes

en el país

Montevideo, calle Minas 1241 — La

Union — Villa Colón — Villa del Ce

ro — Paso del Molino — Guadalupe

— Las Piedras — Pando — Salto —

Mercedes — Fray Bentos — Minas —

Barraza — Trinidad — Rocha — Pay

sonudo — San José de Mayo — San

Carlos — San Fructuoso — Nueva He

lecia — Treinta y Tres — Florida —

La Lucía — Sarandí Grande — San

ta Isabel — Rosario — Maldonado —

Santa Rosa (Canelones) — Rivera.

Oficina del Consejo Superior de los

Círculos: Mercedes 947.

### INDICADOR CRISTIANO

Sábado 3 — Stos. Antero, papa

y mártir, Florencio ob. y Genove

a, virgen.

Domingo 4 — El Santísimo

Nombre de Jesús — Stos. Aquili

o, mártir, Tito y Timoteo, obis

pos, y Benita.

Lunes 5 — Stos. Telésforo, pa

pá y mártir, Simón monje, Emi

liana y Analia erg.

Martes 6 — La Adoración de los

Santos Reyes y San Melano.

### Orden de los Triduos para el año 1920

Enero — 1 y 2, Metropolitana.

4, 5 y 6, Santa Clara de Olimar.

7, 8 y 9, Maldonado.

10, 11 y 12, San Antonio (Capu

chinos).

13, 14 y 15, Parroquia de San

Francisco.

16, 17 y 18, Parroquia de Santa

Lucía.

19, 20 y 21, Iglesia del Perpetuo

Socorro (Redentoristas).

22, 23 y 24, Parroquia del Re

ducto.

25, 26 y 27, Parroquia de San

Fructuoso (Tacuarembó).

28, 29 y 30, Parroquia de San

José.

31, Parroquia de Guadalupe (Ca

nelones).

Febrero — 1 y 2, Parroquia de

Guadalupe (Canelones).

3, 4 y 5, Hermanas del Huerto

(Daymán y San José).

6, 7 y 8, Parroquia de Las Pie

dras.

9, 10 y 11, Parroquia de la Co

muna del Sacramento.

12, 13 y 14, Parroquia de la

guada.

15, 16 y 17, Hermanas del Per

petuo Socorro (Savago).

18, 19 y 20, Parroquia de Pay

sondu.

21, 22 y 23, Parroquia del Cor

don.

## Desconcierto antipatriótico

El espectáculo que ofreció la Asamblea Departamental en el día inaugural de sus actividades ofrece al espíritu un motivo de meditación.

Revela, primero, la falta de previsión y hasta de sensata armonía entre los distintos grupos que constituyen esa importante y nueva corporación deliberante; falta de armonía que es más de sentir y más chocante en estos tiempos de cultura cívica, de mayores garantías representativas y de rumbos nuevos que han emprendido los pueblos hacia la verdadera democracia y la verdadera obra de cultura, progreso y solidaridad, sobre las pequeñas discordancias de bandera y de círculo.

Además, esos hechos hacen pensar en que gran número de los miembros de esa asamblea representativa, desoyendo los sensatos consejos de gran parte de la prensa ponderada y criteriosa, van a las sesiones de la misma dispuestos ante todo a hacer política, y lo que es peor, política partidaria, saliendo así, lamentablemente, de su rol, claramente delineado por la constitución, y que marca otro rumbo, muy diverso, por cierto, a sus actividades y a sus entusiasmos.

Las asambleas departamentales no son cuerpos políticos, ni parlamentos en los que ha de ostentarse una oratoria fogosa y dilucidarse áridos problemas de política transcendental. Son organismos de progreso y cultura, cuerpos de carácter municipal, que deben velar por los intereses locales de todo orden, propiciando iniciativas de orden práctico y de indiscutible utilidad y propendiendo a todas las mejoras de orden material y moral, que concurran al bienestar y al relevoamiento de las poblaciones regionales. Caminos, tanto departamentales como vecinales y nacionales, puentes, carreteras, escuelas, mercados, obras de salubridad primero, de utilidad inmediata después, y por último, de ornato; velar también por los derechos individuales de los habitantes del departamento; tratar de que se reorganicen las policías locales; trabajar por el abaratamiento de la vida; el fomento de la agricultura, las demás industrias y las artes; estudiar los medios más eficaces y económicos de realizar todo esto sin gravar con nuevas cargas onerosísimas a la población; todo esto, constituye la esfera de acción de esas asambleas, bastante vasta por cierto y bastante bien determinada, por otra parte, máxime cuando existen en la actualidad temas como la carestía de las substancias y de las casas habitación, que reclaman un estudio rápido y un remedio urgentísimo, por afectar intereses vitales.

Además, el resultado de la falta de unidad de miras y de meditación serena en los grupos independientes ha dado el primer resultado que debe servir de lección a los mismos y hacerlos reaccionar patrióticamente en el sentido que dejamos indicado.

El afán inexplicable y exclusivista de ir con candidatos propios contra viento y marea, aún en la seguridad de hacer inócuos los esfuerzos del grupo, ha hecho que en la elección de presidente provisorio triunfase el candidato batllista, es decir, el candidato del grupo que representa el más cierto e inmediato peligro para todo el país, por ser un grupo de orientaciones bien definidas hacia la tiranía vitalicia de su jefe y la ayuda mutua de sus miembros por medio de los puestos burocráticos y a costa de los intereses y de la tranquilidad del país.

Y si bien ese puesto, no es, en sí mismo, de gran preponderancia e influencia como para arrastrar a la asamblea en determinado sentido — que sería siempre el más fuerte para el pueblo — tiene alguna importancia material, por cuanto le da la facultad de componer la orden del día, y muchísima importancia moral, por el prestigio que, a los ojos de las masas da al batllismo, y la falsa creencia que podría

difundir, de que ese grupo cuenta aún con el apoyo de la mayoría nacional.

Es de esperar, pues, que la sensatez y el patriotismo primen sobre el sectarismo partidario y que los distintos grupos independientes reaccionen francamente y se pongan de acuerdo para trabajar útil y armónicamente por los verdaderos intereses que el pueblo ha confiado a sus luces, a su actividad y a su rectitud.

## Retazos de un largo paño

“El Día” hizo sus comentarios al movimiento político de 1919, y, aunque hay allí mucha tela para cortar, vamos a ofrecer a nuestros lectores, tan solo algunos retazos de tan extenso paño.

Habla del consejo de administración — entidad colegiada — y el órgano colegialista no está satisfecho de la acción de ese alto cuerpo, y dice: “Pero el colegiado podrá, del año próximo en adelante, producir frutos mejores.”

Como, ¿no nos decía “El Día” que el colegiado era el símbolo de la perfección; que con el desparecerían las injusticias, las malas administraciones, las influencias adventicias, las sugestiones subalternas, etc., etc.?

Y ahora, nos sale con que nada de eso se ha cumplido, pero que esperemos un año más que ya se cumplirán. Bueno, esperemos.

Habla de la independencia del Partido Colorado frente al gobierno ejecutivo, debido al nuevo régimen constitucional y dice “El Día”: “El batllismo que propició estas soluciones de libertad política dentro de la comunidad misma de la defensa, propende a que el Partido Colorado realice su completa organización con independencia del Poder.”

Cuando el señor Batlle era Poder, cuando era Gobierno, tuvo cuidado de propiciar todo eso.

Cuando dejó de ser Poder, de ser Gobierno, propició los tés en la “Casa del Partido”, para continuar imponiendo su voluntad y su capricho “dentro de la comunidad misma de la defensa.”

A otro retacito.

“Ya no se lleva a votar por medio de la amenaza o del halago!”

¿Qué quiere decir esto? Esto, en buen castellano quiere decir que antes se llevaba a votar por medio de la amenaza o del halago.

Y pensar que el señor Batlle se enojaba, se enfurecía y se indignaba, cuando, disponiendo a su antojo de los empleos públicos, se le decía que sus triunfos electorales — de que tanto se envanecía — eran conquistados por medio de la amenaza y del halago!

Y, al cuarto.

“Pero el voto secreto es el mejor antidoto contra el veneno de las sugestiones opresivas y de las maniobras inmorales.”

Esto, también, en buen castellano, quiere decir, que antes, cuando el señor Batlle tenía la sartén por el mango, existían “sugestiones opresivas y maniobras inmorales.”

Y, en cuanto a las excelencias que hoy le reconoce al voto secreto, cabe preguntar: ¿por qué el batllismo — después del 30 de Julio — se negó a establecer el voto secreto para las elecciones del 14 de Enero, alegando que era inmoral, que era una vergüenza, etc.?

## Morecida lección

La huelga de tranviarios ha fracasado.

Menos mal que este fracaso no ha llegado a perjudicar a los obreros, ya que éstos, no abandonaron sus puestos para exponerse a perder varios días de jornales — con las privaciones consiguientes en sus hogares — y, como reñata, perder también sus empleos.

En otras ocasiones — frente a otras huelgas fracasadas — hemos preguntado si los obreros, escarmentados ante la lección recibida y dejando una vez por todas el tutelaje de los agitadores importados. Esta vez, la pregunta debe ser dirigida a estos últimos, para saber si la dura lección que les han dado los tranviarios, les servirá de escarmiento.

La respuesta desde ya la conocemos; será un ¡no! rotundo.

Y se explica, puesto que ellos van a pura ganancia, ya que nada tienen que perder, a no ser la ilusión de esas pingües ganancias.

Los obreros tranviarios estarán a estas horas satisfechos de verse libres de las garras de esos eternos promotores de huelgas.

Los pedidos formulados por los trabajadores no pueden ser más justos, como las mismas empresas lo reconocen.

Pero, por lo mismo que son justos y por lo mismo que son reconocidos por las empresas, otros son los medios para conseguirlos, máxime cuando les han sido concedidos en parte.

Y, si las circunstancias impusieran el recurso extremo de la huelga, los obreros no deben confiar su dirección a elementos extraños, que, por lo mismo, que tienen interés en la prolongación del movimiento, sólo se preocupan de evitar todo arreglo posible.

Esta es la historia de todas las huelgas y es ese también el motivo de todos los fracasos.

Bien han hecho, pues, los obreros tranviarios al desoir los consejos interesados de los que pretendían perjudicarlos en sus intereses.

Bien han hecho los tranviarios en demostrar a los importados directores de huelgas, que aun hay obreros conscientes, que no se dejan arrastrar por promesas falaces, por palabrerías entusiastas, por consejos engañosos, ni por amenazas ridículas.

La lección ha sido buena; lástima que no sea provechosa para quienes la han recibido.

Sólo nos resta esperar que no sea ésta la última lección que reciban.

## AUTO

Nos el doctor don Juan Francisco Aragon, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Montevideo. — A nuestro amado Clero secular y regular, salud y bendición en el Señor.

El espíritu de la Iglesia, en todos los tiempos, y muy especialmente, en los actuales, ha sido acercar más y más los fieles al trono de las gracias, al Sacramento del Amor.

De aquí las constantes exhortaciones al pueblo cristiano a participar, diariamente del sacramento sacrificial, en que se inmolaba la Virgen Inmaculada, por los pecados del mundo, y del que brotan, a raudales, los beneficios del Señor; de aquí, las reiteradas invitaciones a todas las edades, clases y condiciones sociales a la comunión frecuente y aún diaria, cuyo fruto inmediato es el aumento de la gracia santificante y el florecimiento de todas las virtudes cristianas; de aquí, por último, la institución de festividades relativas al Santísimo Sacramento, a las que se rodea de extraordinaria pompa y majestad, y la concesión de indulgencias a innumerables actos relacionados con el culto a la Sagrada Eucaristía.

Huelga inculcarlos, venerables hermanos en el Sacerdocio, que, con vuestra palabra y con vuestro ejemplo, incitéis al pueblo cristiano a rendir a Jesús Sacramentado, centro de la Iglesia, el amor que le corresponde; a frecuentar con la mayor asiduidad posible, la Sagrada Mesa, y a participar de todas aquellas manifestaciones del culto que tienen por objeto inmediato el Sacramento del Altar.

Demasiado conocidas son, en efecto, las actividades desplegadas por vosotros, para enamorar, más y más, a las almas de las bondades y grandezas del Corazón de Jesús.

Sacramentado. A Nos sólo toca encareceros, la perseverancia en tan benéfico y precioso apostolado.

Sin embargo, el culto eucarístico, como todas las demás partes de la Liturgia, no se inspira ni funda en arbitrariedades; sino que está sujeto a disposiciones que lo regulan con suma sabiduría y que lo hacen más atrayente y grandioso a los ojos del pueblo cristiano.

Y concretando nuestro pensamiento a la exposición y bendición de Su Divina Majestad, a que va dirigido este Auto, debemos decir que no dependen aquellas de la voluntad de los fieles ni tampoco de los directores de almas, sino de las normas que acerca de las mismas ha dictado la Iglesia y que corresponde a Nos y a todos los que de Nos dependen respetar y cumplir con fidelidad, como todas las que derivan de la misma fuente.

El Concilio Plenario de la América Latina, al tratar de esta materia, en su Título IV, Capítulo II, dice que “la exposición privada del Santísimo Sacramento, o sea del sagrado Copón, dentro del Tabernáculo, abierta únicamente su puerta, puede hacerse lícitamente, por justa y razonable causa, sin necesidad de obtener la venia del Ordinario. Sin embargo, la exposición pública, o sea de la Sagrada Hostia colocada en el Ostensorio y solemnemente expuesta en el Trono, no puede hacerse, aun cuando se trate de las Iglesias de los Regulares, sin la licencia del Prelado. Corresponde, pues, a los Obispos legislar sobre esta materia lo que juzgaren más oportuno y proveer con eficaces remedios a los abusos existentes.”

Y el nuevo Código, en el Canon 1274, establece casi con idénticas palabras, que “en las Iglesias u oratorios en que está permitida la conservación de la Sagrada Eucaristía, puede hacerse la exposición privada, o sea, con el Copón, por cualquiera justa causa, sin la licencia del Ordinario; pero la exposición pública, o sea con la Custodia, puede hacerse en la festividad de Corpus Christi y en los días de la Octava, en todas las Iglesias, durante la misa solemne y las Visperas; en otros tiempos, no es lícita hacerla sino por justa y grave causa, especialmente pública, y con la licencia del Ordinario, aun cuando la Iglesia pertenezca a una comunidad exenta.”

Por tanto, Nos, en virtud de las facultades que nos otorgan los Sagrados Cánones y en el vivo deseo de que se tenga una norma práctica en esta materia, y, a la vez, se dé una respuesta a las numerosas consultas que se Nos han dirigido sobre el tema que dejamos expuesto, facultamos para que se haga la exposición pública y se imparta la bendición solemne de Su Divina Majestad, en todas las Iglesias y Capillas en que se conserva la Sagrada Eucaristía, solamente en los días que expresamos a continuación:

Domingos y demás días de precepto — Primeros Viernes de mes — Tres días de Carnaval — Festividad de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago, Patronos de la República — Mes del Sagrado Corazón de Jesús — Novena de la Inmaculada Concepción — Último día del año — Novena del Patrono o Titular de la Iglesia y del Fundador de la Orden o Congregación — Triduo de las Cuarenta Horas.

En todas las demás festividades y devociones, que, con plausible celo y especial solemnidad, se celebran en los templos y capillas de la Arquidiócesis, se dará a los fieles la bendición menor, cuya práctica quisieramos ver generalizada, especialmente en las Iglesias Parroquiales, como lo insinúan los Estatutos de nuestra Provincia Eclesiástica.

Esperando que esta norma encontrará en vosotros decididos y fieles ejecutores, os saludamos con particular afecto en Cristo, suscribiéndonos vuestro A. y S. S.

Montevideo, Diciembre 31 de 1919

JUAN FRANCISCO ARAGON.

Arzobispo de Montevideo.

Por mandato de Su Exc. Reynal

Eusebio Clavell.

Secretario.

## Espaldas resguardadas

Al órgano batllista le ha llamado la atención, el hecho de que los miembros de la Asamblea Representativa, nacionalistas, católicos, vleristas, rivelistas y socialistas, hayan elegido los asientos laterales del salón, “resguardándose así con los muros las espaldas”, y dejando los del centro para los batllistas, que, dice, “estaban expuestos a recibir el fuego desde diversos puntos.”

Conque, ¿los batllistas quedaron con las espaldas sin resguardo? Pues, hombre, lo mejor que pueden hacer, es pedirle a su “super”, a su “montaña”, que se les resguarde.

Los otros, como no tienen “montañas”, han tenido que pedir amparo, a los muros del salón.

Así que no hay porque asustarse, señores batllistas; tienen ustedes sus espaldas bien resguardadas.

## Del Mundo Católico

El partido católico italiano

Roma. — El conde Santucci, en un discurso pronunciado en el Senado, expuso la política de los católicos, diciendo:

“Queremos completa libertad, una libertad verdadera y sincera; pero también el respeto al culto de Dios. Este sentimiento debe ser sagrado. La reconstrucción moral, daría en breve, a Italia, el triunfo sobre sus actuales dificultades.”

Viaje de Mons. de Andrea a Roma

El obispo de Emmaus, Monseñor Miguel de Andrea, partirá a mediados del presente Enero para Roma, con el objeto de presentar el homenaje de su nueva investidura a su Santidad Benédito XV. Su ausencia durará tres meses, uno de los cuales pasará en la Ciudad Eterna.

Reunión de prelados

Buenos Aires — Por invitación del Arzobispo se reunirán en los primeros días de Enero los obispos argentinos encontrándose varios de ellos en ésta.

Presidirá el Arzobispo Monseñor Espinosa y tratarán de la obra realizada hasta ahora por la unión popular católica argentina, fijando los trabajos a realizarse en 1920.

CARTA DE PARIS

## De François Veillot

(Especial para el AMIGO DEL OBRERO)

Durante la muy larga interrupción que un descanso forzoso me ha obligado a hacer en mis correspondencias, — y de que yo me excuso ante mis lectores — dos grandes fechas han sido inscriptas en el calendario de Francia: el 16 de Octubre y el 16 de Noviembre de 1919, han visto manifestarse acontecimientos que marcarán época en nuestra historia.

El 16 de Octubre fué la consagración de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, en Montmartre. El 16 de Noviembre — un mes después, exactamente — las elecciones generales.

La consagración de Montmartre es un hecho de orden sobrenatural, cuyo carácter y significación, a pesar del brillo de las ceremonias que la realizaron, han escapado sin duda a muchos espíritus.

La importancia no es menos capital, y se puede afirmar que sus repercusiones serán profundas y lejanas. Coronamiento de un largo y generoso esfuerzo, sancionado en su origen por una ley nacional que no fué jamás derogada; respuesta de Francia a un llamado misericordioso y apremiante del Sagrado Corazón; punto de partida de un nuevo impulso y de una nueva expansión de apostolado, este gran acto tendrá ciertamente por efecto estimular nuestra devoción y nuestro celo, al mismo tiempo que tendrá también por respuesta, una más amplia efusión de gracias divinas.

Y, por otra parte, entre estas gracias y a la vez como un preludio y como una prueba de las bendiciones futuras, ¿no tenemos el







cuando se detuvo junto a él una magnífica berlina, tirada por dos hermosos caballos. Una rueda, que amenazaba salirse del eje, había ocasionado aquella parada. Apareció, algo asustado, el dueño del coche, que le era un millonario de Boston y un respetable señor, y para reguardarse del sol mientras cochero y lacayo arreglaban el desperfecto, fueron a guarecerse a la sombra de los árboles donde dormía David el mejor y más tranquilo de los sueños.

El instintivo respeto que inspira el sueño de los demás, por humildes que sean, hizo que el millonario se esforzara en andar lo más silenciosamente que le reuma le permitía, y que su excelente esposa pusiera el mayor cuidado en evitar que el roce de su vestido de seda pudiese turbar el envidiable sueño del simpático muchacho.

— ¡Cómo duermes! — dijo el viejo. — ¡Y qué fácilmente respira ese robusto pecho! Yo daría la mitad de mi fortuna por poder gozar de un sueño como ese, sin necesidad de opio. ¡Eso supondría en mí la salud del cuerpo y del alma!

— Y la juventud — añadió, la esposa — pues cuando se llega a nuestra edad no bastan la tranquilidad y la salud para dormir así.

Ni uno ni otro podían apartar la vista de David, y conforme le miraban, se iban interesando cada vez más por aquel mozo desconocido, a quien el duro suelo y un grupo de árboles servían de blando lecho y de espléndido dormitorio. Hablando observado que un rayo de sol le iba a dar en el rostro y a despertarlo, quizá, la buena señora retorció una rama para impedir el paso al importuno. Una vez realizada esta obra de caridad, sin saber por qué se sintió la anciana dominada de maternal interés por el joven desconocido.

— Parece que la casualidad nos ha traído aquí expresamente para desquitarnos del desengaño que nos ha hecho salir nuestro sobrino — dijo a su marido. — Me parece estar viendo a nuestro pobre hijo. ¿Quieres que le despiertes?

— ¡Para qué! — contestó el millonario. — Ni siquiera sabemos quién es.

— Pero esa cara tan franca, ese sueño tan apacible...

Mientras a su lado se profundaban aquellas palabras, el corazón de David no aceleró lo más mínimo sus latidos, ni se alteró su respiración, ni se contrajo emocionado su rostro. Y, sin embargo, la Fortuna abrió sus alas de oro sobre él y se disponía a derramar sobre su cuerpo una lluvia inagotable de preciosos dones.

El multimillonario había perdido un hijo, el único, y no tenía más que un pariente lejano, del que con razón estaba descontento en extremo. En semejantes casos suelen los ricos hacer cosas menos razonables que la de constituirse por un momento en destino y decir a un joven que se quedó dormido en absoluto estado de pobreza: «Despierta, Lázaro, y vive en la opulencia».

— ¡Quieres que le despierte! — volvió a preguntar la esposa, suplicante y conmovida.

— Ya está el coche arreglado — dijo el lacayo, acercándose sombrero en mano.

Vacilaron un instante los dos esposos millonarios, se miraron uno a otro, se pusieron un poco colorados y se alejaron de allí de prisa y corriendo, como si les diese vergüenza haber estado a punto de cometer una acción tan ridícula.

Y el multimillonario se apoltronó en su coche y empezó a pensar en un proyecto de asilo modelo para comerciantes arruinados, que lo preocupaba desde hacía algún tiempo.

Mientras tanto, David seguía durmiendo la siesta.

Apenas había desaparecido la berlina por un recodo del camino, cuando llegó corriendo una joven, casi una niña, de deslumbradora belleza.

— ¿Qué vieron allí sus ojos? A David durmiendo a pierna suelta. Se puso roja como la grana ante la idea de haberse metido de rondón en la alcoba de un hombre.

Ya se disponía a alejarse de puntillas, cuando empezó a zamborpear un moscardón por el follaje, dando infinitas de vueltas muy rápidas, pasando alternati-

vamente de la sombra a una zona de sol y acercándose insensiblemente a los labios del que dormía. La picadura de un insecto puede ser mortal. Buena e inocente como era, empezó la niña a perseguir con el pañuelo al monstruo alado, hasta lograr expulsarlo de la encantada. Una vez que había realizado tan buena acción, sofocada, palpitante por la lucha, volvió de puntillas para mirar, por última vez al joven desconocido.

— ¡Qué guapísimo es! — dijo para él. — Y esta vez se puso más colorada que antes.

— ¿Cómo no tuvo David algún sueño que le advirtiese, por medio de una aparición, la presencia de la joven? ¿Cómo no corrió su boca para darle las gracias por la oportuna llegada de la heroína lacha salvadora? Sin duda, aquella pinta debió ser su media naranja, la mujer que en sus vagos delirios de joven había invocado tantas y tantas veces, la única a quien hubiera amado con verdadero amor y en cuya alma virginal sólo él hubiera sabido leer.

La sonrojada imagen de la joven se reflejaba en las aguas del arroyo; iba a alejarse en seguida, y David no la vería jamás.

— ¡Qué bien duermes! — dijo la joven.

Y se retiró del bosquecillo, pero no tan de prisa como se había acercado.

Poco después llegaban dos hombres de muy mala fe, que se disponían a jugar el producto de un robo a la sombra de los árboles. Al ver a David, dijo uno de ellos:

— ¡Ves ese lío que le sirve de almohada!

El otro hizo un gesto afirmativo.

— Pues te apuesto una botella de ron a que el mozo lleva ahí una bolsa o una cartera bien repleta. A no ser que se haya guardado el dinero en el bolsillo del pantalón.

— ¡Y si se despierta! — preguntó el otro.

Su compañero le enseñó un puñal.

— Está bien.

Se acercaron cautelosamente, y mientras uno le amenazaba el pecho con el arma, el otro se puso a registrar el morralillo en que David apoyaba la cabeza.

— Este seguía durmiendo tan tranquilo.

— He de quitarle todo el envoltorio — dijo el que registraba.

— Pues anda... Si hace el menor movimiento, le...

En aquel preciso instante hizo su aparición un perro de caza, que penetró en el bosquecillo dando ladridos de júbilo al ver que podía saciar su sed en el arroyo.

— Golpe en vago — dijo uno de los malhechores; — el amo no debe andar lejos.

— Entonces, echemos un trago y salgamos de aquí más que de prisa.

Se alejaron los dos, y David siguió durmiendo, sin sospechar que acababa de pasar sobre él la sombra de la muerte.

No obstante, ya no era su sueño tan profundo. Una hora de reposo le había repleto del cansancio de la mañana y devuelto a sus miembros fatigados la soltura natural. Empezaba a moverse, a murmurar palabras incoherentes, como si hablase entre sueños; a estirar brazos y piernas, haciendo, en fin, todos esos movimientos inconscientes que anteceden al despertar. Un ruido de látigos y cascabeles, que se acercaban con rapidez, acabó de despertarlo. Se levantó de un salto, e inmediatamente fue dueño de sus acciones.

Era la diligencia.

— ¡Conductor! ¡Conductor! — gritó.

— ¡Hay asiento!

— ¡Sí, en la imperial.

David se encaramó en un santiamén y se acomodó en la bodega.

Y, siguió muy alegre su camino hacia Boston, sin dignarse dirigir una mirada al bosquecillo en que, durante una hora, sin sospecharlo siquiera, había sido juguete del azar. No sabía que la diosa Fortuna había ido a mirarse en el limpió cristal del arroyo; ignoraba que el dulce murmullo de las aguas se había confundido con los suspiros del amor; no sospechaba, en fin, que el espectro de la muerte había estado a punto de enrojecerla con su propia sangre.

Y todo ello en el breve transcurso de una hora!

dos orillas y llenaban la vetusta casa.

— ¡Triste el desventurado parque! ¡Oh no! No estaba triste en la estación anterior, porque la Naturaleza, para celebrar sus fiestas, lo adornaba con espléndidas galas. Para cualquier persona enamorada de lo pintoresco, las ramas sueltas, las flores silvestres y el tapiz de musgo valían mil veces más que los bien podados árboles y que los senderos trazados simétricamente y enarbolados con pulcritud.

— Esto resulta muy solitario para una joven — murmuró de nuevo Matilde. — Pero haremos cuanto podamos para arreglar las habitaciones.

En aquel momento se oyó fuera un ruido de pasos acompañados de murmullo, confuso. Guillermo se asomó a la puerta de la cocina que daba al patio, y se quitó el sombrero al conocer a los que se dirigían hacia la casa.

Eran dos señores de edad: un sacerdote, enjuto y enervado, que leía a media voz en su breviario, y un hombre robusto, de rostro tostado y abundante cabellera blanca; vestía traje de pana.

— ¡Tiene usted noticias del señor de Marimenes! — preguntó, bruscamente, el sacerdote en el umbral de la cocina.

— El sacerdote se santiguó, cerró el breviario, y saliendo con un gesto amigable, al matrimonio, volvió con interés la respuesta a la pregunta de su compañero.

Matilde tomó dos sillas y les quitó el polvo con el delantal.

— Hemos recibido carta hoy mismo —

dió Guillermo, volviéndose hacia los visitantes. — Mujer, dales el papel a estos señores.

— ¡Es inútil, Matilde! — observó el presbítero. — El señor de Marimenes les habla a ustedes de lo que ha ocurrido.

Los viejecitos se miraron con vaga expresión de inquietud.

— Nos anuncia que viene con la señorita María Teresa nada más... ¡Ha sucedido algo!

— ¡Y qué ha hecho para que lo decen cesante! — preguntó la vijecita, con los ojos llenos de lágrimas.

— Nada, amiga, nada — contestó con dulzura el párroco.

— El señor Colde, un hombre tan honrado — balbuceó Guillermo. — ¡Hay alguien que le quiere mal!

— Por lo menos, hay quien quiere su puesto para otro — refunfuñó el anciano. — ¿Qué tiene de extraño que esto suceda cuando ese pícaro, ese renegado de Salles es Ministro de Hacienda?

— ¡El señor Colde! — exclamó Guillermo con estupor. — ¡El señor Colde es Ministro!

— ¡Sí, y ha cometido la infamia de

firmar la cesantía de su primo... ¡Oh, qué canalla!

— ¡Amigo mío! — murmuró el señor Cura con acento suplicante.

— El señor de Marimenes no tiene fortuna, ¿verdad?

— ¡Ay, no, señor! El pleito le arruinó. Como duró tanto tiempo! Además, ha perdido fondos en una casa de banca; ya sólo le quedaban La Ribera, que no produce gran cosa... y el destino de rectorado de Hacienda.

— ¡Oh, señor Barón! — dijo Matilde, dirigiéndose al anciano, que se mordía rabiosamente el bigote blanco. — ¡La vierta la malicia! ¡La gente habla tanto! Si fuese un rumor, sí, ¡fundamento!

El Barón de Artibes sacó un perlo del bolsillo y lo desplegó ante los ojos de la antigua criada. — Está, leyó con la misma entonación monótona que había empleado para desenterrar la tumba de su amo.

— Por decreto de 1.º Agosto de 18... — el señor de Nicolle, abogado, ha sido nombrado recaudador de Hacienda de N. en sustitución del señor de Marimenes, a quien se declaró cesante.

Esta era la explicación de la llegada imprevista del dueño de la casa.

— ¡Y, cuánto, cuánto! — preguntó el señor de Artibes, rompiendo el silencio que siguió a la lectura.

— El marqués — contó a Matilde, enjugándose los ojos.

— ¡Tienen ustedes aquí todo lo que necesitan!

— ¡Sí, señor, por lo menos para los primeros momentos. Pero el señor Con-

de nos pide que le proporcionemos un carruaje para ir a recogerlo en la estación; hemos pensado pedirle el carro al señor Alcalde para el martes a las cinco.

— ¡Vaya! Enviare mi ómnibus. Y digan a tu hijo que el jueves lo esperamos a almorzar con su hija.

— ¡Muchas gracias, señor Barón. El señor Conde se alegrará mucho de encontrarse con amigos.

— ¡Vamos, buenas tardes! — ¡Vienen ustedes, señor Hector?

El sacerdote se despidió del matrimonio, y siguió a su compañero a la larga de los rbozcos verdes.

— Este puente roto dice muchas cosas — murmuró, moviendo la cabeza.

— ¡Y si la ruina de este miserable le Salles pudiese enseñar, el Pajarito, lo convertiría en un abismo o en un aceno, para separar a las dos familias — replicó bruscamente el señor de Artibes.

El sacerdote suspiró profundamente y nada contestó.

La estación de Montbello es muy pequeña y poco frecuentada; los expresos no se detienen en ella, y una vez justa diligencia, cuyas pinturas verdes y amarillas están casi borradas, la sobradamente para el servicio que los pueblos inmediatos. El martes, como a la llegada de la carta del señor de Marimenes, el elegante y cómodo carruaje del Barón de Artibes aguardaba en el patio de la estación, y Gui-

(2)

## EL PUENTE

POR M. MARYAN

nunca más volvería por aquí.

— La señorita lo habrá desalojado; ¡le agradaba esto tanto en vida de su difunta tía! ¿Que edad tiene, Matilde?

— ¡Paz y siete años ha cumplido por la Candelaria. Era una niña muy bonita, Guillermo. ¿Te acuerdas de ella? Subida en la carreta grande que traía el leño! A los niños les gusta mucho el campo!

— A su padre también le gustaba cuando era joven y vivía aquí con el señorito Luciano.

— ¡Ah, ninguno de los dos sospechara entonces que no volverían a verse más que cada cual marcharía por distinta senda, gravemente ofendidos, y que la parte más sanada de la fortuna de la difunta señora pasaría a manos de personas extrañas... ¿Cómo nos arreglamos? El señor Conde se llevó los muebles mejores; los que quedaban... ¡están tan viejos, tan apolillados!

— ¡Bah! ¡Ingeniería como pueblas y sepa! Le pediré prestado el carruaje al señor Alcalde para ir a la estación.

Volví a tomar el cuchillo y el mango que trataba de adaptar a la azada; la mujer se ocupó de nuevo de la frugal comida; pero cuando el fuego estuvo bien encendido y el agua comenzó a hervir, se sentó cerca de su marido y sacó una labor de punto del bolsillo.

— ¿Quieres saber si vienen por mucho tiempo? — exclamó con voz algo temblorosa.

— El martes te lo dirán, mujer.

— ¡Es muy triste la vida aquí, Guillermo! Sobre todo cuando se llega a la

vez y no se tienen hijos alrededor para que hagan algún ruido y nos digan palabras cariñosas... ¡Y todas esas habitaciones cerradas, y la casa que se va arruinando! ¿Qué diferencia de lo antiguo a lo hoguero!

Guillermo dirigió la mirada hacia el arco roto del puente.

— ¡Si contestó, cuando la señora vivía, y todos esos bosques dependían de La Ribera, la finca era magnífica y producía, un año con otro, de diez a doce mil francos. Se celebraban grandes expediciones de caza, y los dos señores se llevaban muy bien; parecían hermanos...

— ¡Vaya! Ya podían quererse siendo parientes tan cercanos... En cambio ahora... Nunca hubiera creído capaz al señorito Luciano... — dijo Matilde, moviendo la cabeza. — Se me figura que, a pesar del fallo de la justicia, no tenía derecho para hacer lo que hizo.

— No se sabe: el testamento estaba muy embrollado. Pero la señora no se propuso seguramente, dejarle más que la granja de Bonetay; las otras granjas y los bosques pertenecían al castillo...

— ¡Ha despojado a nuestro amo; pero no debe hallarse satisfecho, porque no ha vuelto por aquí desde que el señor Conde hizo cortar el puente. ¡Y el parque está tan triste, tan desolado!... ¡No queda huella de almohadas ni de candeleros!

— Enmudecieron ambos ancianos, evocando los recuerdos del tiempo en que el bullicio y la alegría animaban las

veces y no se tienen hijos alrededor para que hagan algún ruido y nos digan palabras cariñosas... ¡Y todas esas habitaciones cerradas, y la casa que se va arruinando! ¿Qué diferencia de lo antiguo a lo hoguero!

Guillermo dirigió la mirada hacia el arco roto del puente.

— ¡Si contestó, cuando la señora vivía, y todos esos bosques dependían de La Ribera, la finca era magnífica y producía, un año con otro, de diez a doce mil francos. Se celebraban grandes expediciones de caza, y los dos señores se llevaban muy bien; parecían hermanos...

— ¡Vaya! Ya podían quererse siendo parientes tan cercanos... En cambio ahora... Nunca hubiera creído capaz al señorito Luciano... — dijo Matilde, moviendo la cabeza. — Se me figura que, a pesar del fallo de la justicia, no tenía derecho para hacer lo que hizo.

— No se sabe: el testamento estaba muy embrollado. Pero la señora no se propuso seguramente, dejarle más que la granja de Bonetay; las otras granjas y los bosques pertenecían al castillo...

— ¡Ha despojado a nuestro amo; pero no debe hallarse satisfecho, porque no ha vuelto por aquí desde que el señor Conde hizo cortar el puente. ¡Y el parque está tan triste, tan desolado!... ¡No queda huella de almohadas ni de candeleros!

— Enmudecieron ambos ancianos, evocando los recuerdos del tiempo en que el bullicio y la alegría animaban las

veces y no se tienen hijos alrededor para que hagan algún ruido y nos digan palabras cariñosas... ¡Y todas esas habitaciones cerradas, y la casa que se va arruinando! ¿Qué diferencia de lo antiguo a lo hoguero!

Guillermo dirigió la mirada hacia el arco roto del puente.

— ¡Si contestó, cuando la señora vivía, y todos esos bosques dependían de La Ribera, la finca era magnífica y producía, un año con otro, de diez a doce mil francos. Se celebraban grandes expediciones de caza, y los dos señores se llevaban muy bien; parecían hermanos...

— ¡Vaya! Ya podían quererse siendo parientes tan cercanos... En cambio ahora... Nunca hubiera creído capaz al señorito Luciano... — dijo Matilde, moviendo la cabeza. — Se me figura que, a pesar del fallo de la justicia, no tenía derecho para hacer lo que hizo.

— No se sabe: el testamento estaba muy embrollado. Pero la señora no se propuso seguramente, dejarle más que la granja de Bonetay; las otras granjas y los bosques pertenecían al castillo...

— ¡Ha despojado a nuestro amo; pero no debe hallarse satisfecho, porque no ha vuelto por aquí desde que el señor Conde hizo cortar el puente. ¡Y el parque está tan triste, tan desolado!... ¡No queda huella de almohadas ni de candeleros!

— Enmudecieron ambos ancianos, evocando los recuerdos del tiempo en que el bullicio y la alegría animaban las

veces y no se tienen hijos alrededor para que hagan algún ruido y nos digan palabras cariñosas... ¡Y todas esas habitaciones cerradas, y la casa que se va arruinando! ¿Qué diferencia de lo antiguo a lo hoguero!

Guillermo dirigió la mirada hacia el arco roto del puente.

— ¡Si contestó, cuando la señora vivía, y todos esos bosques dependían de La Ribera, la finca era magnífica y producía, un año con otro, de diez a doce mil francos. Se celebraban grandes expediciones de caza, y los dos señores se llevaban muy bien; parecían hermanos...

— ¡Vaya! Ya podían quererse siendo parientes tan cercanos... En cambio ahora... Nunca hubiera creído capaz al señorito Luciano... — dijo Matilde, moviendo la cabeza. — Se me figura que, a pesar del fallo de la justicia, no tenía derecho para hacer lo que hizo.

— No se sabe: el testamento estaba muy embrollado. Pero la señora no se propuso seguramente, dejarle más que la granja de Bonetay; las otras granjas y los bosques pertenecían al castillo...

— ¡Ha despojado a nuestro amo; pero no debe hallarse satisfecho, porque no ha vuelto por aquí desde que el señor Conde hizo cortar el puente. ¡Y el parque está tan triste, tan desolado!... ¡No queda huella de almohadas ni de candeleros!

— Enmudecieron ambos ancianos, evocando los recuerdos del tiempo en que el bullicio y la alegría animaban las

veces y no se tienen hijos alrededor para que hagan algún ruido y nos digan palabras cariñosas... ¡Y todas esas habitaciones cerradas, y la casa que se va arruinando! ¿Qué diferencia de lo antiguo a lo hoguero!

Guillermo dirigió la mirada hacia el arco roto del puente.

— ¡Si contestó, cuando la señora vivía, y todos esos bosques dependían de La Ribera, la finca era magnífica y producía, un año con otro, de diez a doce mil francos. Se celebraban grandes expediciones de caza, y los dos señores se llevaban muy bien; parecían hermanos...

— ¡Vaya! Ya podían quererse siendo parientes tan cercanos... En cambio ahora... Nunca hubiera creído capaz al señorito Luciano... — dijo Matilde, moviendo la cabeza. — Se me figura que, a pesar del fallo de la justicia, no tenía derecho para hacer lo que hizo.

— No se sabe: el testamento estaba muy embrollado. Pero la señora no se propuso seguramente, dejarle más que la granja de Bonetay; las otras granjas y los bosques pertenecían al castillo...

— ¡Ha despojado a nuestro amo; pero no debe hallarse satisfecho, porque no ha vuelto por aquí desde que el señor Conde hizo cortar el puente. ¡Y el parque está tan triste, tan desolado!... ¡No queda huella de almohadas ni de candeleros!

— Enmudecieron ambos ancianos, evocando los recuerdos del tiempo en que el bullicio y la alegría animaban las